«Ya en Méjico han proclamado
el matrimonio *civil:*
«Mirad si hemos progresado»;
gritaba el soltero Gil.
Pero el casado Pascual
se lamentaba y decía
que más progreso sería
proclamarlo *criminal*».

. . . . . .

***

¿Indignóseme usted, señora mía, por lo que hace poco hube de escribir á H. y que ese zángano creyó de muy buen gusto leerle? Pues aunque á usted le parezca una herejía, aunque frunciendo amenazadora el entrecejo y alargando con su peculiar mohín el sonrosado hociquito, me llame «monstruo» y otras cosas, declaro que en aquella carta expuse lisa y llanamente mis ideas acerca del matrimonio.

No mojaré hoy la pluma en el tintero de los satíricos; no retorceré el chiste fácil; me abstendré de tratar en tono de jácara asunto de tal trascendencia; pero permitidme, *Catona* amenísima, insistir en sostener que siendo el amor el más hondo de los sentimientos humanos, el menos sus-

ceptible de quebrantarse por las modificaciones sociales, al que debemos nuestras más grandes alegrías y nuestros dolores más grandes, es inhumano, es inmoral esclavizarle como de manera evidente se le esclaviza en la prostitución y en el matrimonio.

El lazo indisoluble es de un efecto desastroso para la duración de las uniones y su moralidad.

Nada nos tienta tanto como lo prohibido...

«Flérida para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno».

¿Me pide usted el remedio?... El amor libre.

¡Jesús, María y José!

Santígüese usted tres veces.

Sí, señora: el Amor Libre.

Es usted demasiado inteligente para imaginar que yo preconice los ayuntamientos á salto de mata y el desenfreno de las pasiones carnales.

Entiendo por amor libre la facultad de unirse hombre y mujer *á gusto de ambos,* de hacer durar la unión mientras sea *á gusto de ambos*, precisamente de ambos, y de romperla cuando ya no sea *del gusto de ambos.*

Sobre este capítulo podría escribir todo un

libro; pero me ahorran la tarea Charles Albert, en un trabajo muy conocido, Grave y muchos más en diversos pasajes de sus obras. Cuando venga usted á casa, en mi biblioteca, estantería de la izquierda, segunda división, tercera tabla, encontrará usted los escritos de aquellos varones—codeándose, por cierto, con San Agustín, Balmes, Aparisi y Guijarro, Raulica, etc., etc.—y puede usted llevárselos sin que yo me entere.

Copio de la *Filosofía del Anarquismo:* «Asegúrese resueltamente que la supresión de todos los lazos convencionales, permitiéndonos hacer á la luz del sol lo que hoy se ejecuta con la mayor hipocresía, no nos conducirá á los orgiásticos excesos del Directorio, ni á las bacanales de la burguesía emancipada. Es evidente que, durante los primeros años que siguen á una revolución, reina cierto desorden en las ideas y en las costumbres. *Pero el tiempo encárgase de educar á las generaciones, la agitación se calma, desaparecen poco á poco los excesos y se establece el equilibrio sobre otra base y con mayor estabilidad*».

Digo antes que la clave del amor libre está en que la unión sea á gusto de ambos interesados. Y preguntará Vuecencia: ¿cómo resolver el conflicto

cuando dos hombres amen á una misma mujer y ésta sólo corresponda al amor de uno de ellos?—El cantar dice que:

«Cuando uno quiere á una
y esa una no le quiere,
es lo mismo que si un calvo
se encuentra en la calle un peine».

Pero los cantares, como los proverbios—esas píldoras de *sabiduría popular*—dicen muchas perogrulladas que nada solucionan. En el caso en cuestión, lo más probable es que los dos machos se rompan el bautismo, ó que el desdeñado, si es muy bruto, desencuaderne á la desdeñosa. El problemita habrá de presentarse con alguna frecuencia. Basta recordar lo que dijo Sor Juana Inés de la Cruz:

«Al que ingrato me deja busco amante,
al que amante me sigue dejo ingrata,
constante adoro á quien mi amor maltrata,
maltrato á quien mi amor busca constante».

Y no sé quien, algún clásico, nos confió el secreto de que:

«Alcipe ama á Damón, Damón á Clori,
arde Clori por Tirsi, Tirsi ingrato

por Dafne, Dafne está entregada á Glauco, en Glauco no hay amor»...

Sigo copiando de Malato: «¿Serán esos conflictos más peligrosos para el cuerpo social cuando no existan códigos y jueces que los castiguen? No, porque no serán más que casos aislados, lamentables sin duda, pero que todas las leyes y todos los magistrados del mundo no sabrían evitar. ¿Pueden actualmente las disposiciones legislativas y los gendarmes de á pie y de á caballo impedir que cualquier celoso se vengue de una mujer infiel?»

. . . . . .

Mientras subsista la propiedad particular en la forma presente, no podremos llegar á prescindir de la familia, tal como hoy se constituye, del grupo puramente animal, de fondo egoísta. En una sociedad como la muy amena que disfrutamos, en una sociedad capitalista donde lo *tuyo* y lo *mío* son nervio de la vida, el amor libre dejaría siempre en el aire el problema de los hijos, es decir, el problema de la sociedad del día siguiente.

Ya imagino que, mirándome con horror y llamando angustiada á sus retoños, exclama usted:

«¡Hijos de mis entrañas!»; como si yo pretendiera mandarlos á la Inclusa. No, amiga mía, no aspiro á que nos desentendamos de los hijos propios, á que los amemos menos que á los del vecino. Sueño con amarlos más, mucho más de lo que hoy se les ama, y sobre todo *mejor;* y querría que tanto y tan bien como á ellos amásemos á los demás. Nada de mermar el afecto á los de casa; pero sí aumentárselo á los de fuera. Esto no cabe ahora porque en todo muñeco ajeno vemos, inconsciente, instintivamente, *un competidor* del muñeco propio, un enemigo, alguien que le va á disputar en la vida todos los puestos, los goces todos.

Cuando lo *tuyo* y lo *mío* hayan dejado de tener el significado corriente, nuestros hijos—(los de usted, los míos, los de Juan, Pedro y Diego)—vivirían como hermanos y podremos quererlos á todos por igual. ¿Utopia?... El amor libre puede parecer absurdo, monstruoso, si no se le considera como consecuencia lógica, conquista legítima, de la anarquía: su establecimiento debe ser el *término aparente actual* de la evolución. Y digo *actual* porque mañana el límite tal vez sea otro problema todavía no planteado; y le llamo *aparente* porque la evolución no tiene, no puede

tener un término real: la evolución es indefinida, nuestro anhelo de perfeccionamiento inextinguible.

. . . . . .

Buenas noches, señora. ¡Dios os guarde!

***

¡Híspete, pavo!

Ya sé—¡oh, pingüe clérigo—que en la tertulia de las de A. me pusistes como digan dueñas, esponjándote de noble y caritativo orgullo al ver que con tus latines macarrónicos y tu resoplar de cetáceo me colocabas, en concepto de aquel católico concurso, á la altura de la fresa...

No temas mis represalias. Las pomposas vaciedades de vuesa paternidad y los aspavientos de aquel puñado de beatas en adobo, muévenme á piadosa conmiseración.

¿Qué sabes tú, ambulante tubo digestivo, qué sabes tú del espíritu y sus aledaños?

Apuraste el socorrido tema de la impiedad de los tiempos, de la falta de creencias, de la acción *deletérea* del liberalismo... y te diste lustre ante aquellas viejas bobas que han de reputarte pensador de altos vuelos por haber dicho (siquier fuese con muchísima menos elegancia que don Gaspar):

«Ruedan los tronos, ruedan los altares:
reyes, naciones, genios y colosos
pasan como las ondas de los mares
empujados por vientos borrascosos»;

habilitándonos de *vientos borrascosos* á los cuatro chicos (y algunos grandes) que nos pasamos debajo de la pierna los clisés ideológicos de que tienes cursimente amueblado el cráneo.

. . . . . .

Amén de llamarme *ateo estúpido* (¡las paredes oyen!) y otras lindezas del mismo jaez, horrorizaste á las pobres damas—cuyo rico chocolate preveo, ¡ay!, que para mí acabóse—declarándoles que soy *anarquista*. ¡Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero!... Y aquello fué un chorro de jaculatorias.

¿Y qué es la anarquía?

Aunque ni tú ni yo sabemos griego, á los dos se nos alcanza que *anarquía,* etimológicamente, significa «sin gobierno»; es decir, el estado de una agrupación humana que ignora los mandones, que vive sin reconocer autoridad alguna. Dentro de esa definición, por aspirante de anarquista me tengo.

Sin embargo, pongamos los puntos sobre las

íes; precisemos un poco la definicioncilla, pues tal como la he formulado cobijaría á Ravachol y á Nietzche, siendo infranqueable la distancia que separa á uno de otro y á mí de ambos.

Los que en libros y periódicos, en calles y plazas, con verbo inspirado, con estilo fogoso de profetas y redentores predican la fraternidad universal, el amor sin límites á todo el género humano, y subrayan sus generosas doctrinas, sus admirables ditirambos, volando edificios, dinamitando con la ciega ferocidad del implacable destino madres que amamantan seres inocentes, ancianos antes heridos por las inclemencias del vivir, pobres ó ricos, desdichados ó felices, prójimos que, á pesar de no comprender la grandeza y sublimidad del credo anárquico, no son más culpables que el ciego de nacimiento que no acierta á definir la magia de la luz; los que pretenden escalar el almo cielo de la misericordia y el amor amontonando con espíritu hostil, de amenaza, de perturbación, de lucha, de violencia, pirámides de víctimas ensangrentadas, ¡malditos sean, malditos sean por siempre!

Los nieztchianos apologistas de un individualismo sin freno, quienes exaltan las pasiones y los apetitos, defienden la guerra, proclaman la moral

del más fuerte y glorifican el egoísmo; quienes despiadados gozarían horrible felicidad si al hundirse una raza flotasen ellos, la media docena de seudo-superhombres, ¡malditos sean, malditos sean por siempre!

Los que siguiendo á Tolstoi, el visionario apocalíptico, huyen de la espantosa lucha para caer en el extremo contrario, en la resistencia pasiva, en la infecunda inacción; esos que desconocen que la idea pura es inerte, que para convertirla en fuerza hay que inflamarla con la voluntad y el sentimiento, ¡malditos sean, malditos sean por siempre!

Soy individualista para mejor servir á la sociedad. Quiero ser *yo,* cada vez más *yo mismo*, y que cada prójimo sea *él*, precisamente él y no otro.

Cultivemos la propia personalidad, no para caer en morboso narcisismo, sino para merecer la ventura de procurársela á alguien, á muchos, á todos.

El individualismo, formidable fuerza motriz, puede con torpe dirección hacernos descarrilar hacia un insensato orgullo.

. . . . . .

En la tragicomedia del mundo, qué distancia la recorrida desde el hombre-cosa hasta el hom-

bre divinidad, desde el motilón de *Los Madgyares* que canta grotescamente, limitando su mísera personalidad:

«Ego sum el leguito del convento,
ego sum *campanero* y *sacristán*»,

hasta Gabriel de Medina, *El loco Dios*, al decir con acento enigmático, con vaguedad profunda: «¡Yo soy quien soy!»

. . . . . .

Moldeemos nuestro ser en la turquesa de nuestro particular ideal altruista, y burilemos todos los días nuestra propia obra.

Los estoicos «cincelaban su estatua», pero no sabían infundirle vida, les faltaba el soplo del amor: *Pedro Martir*, la extraña criatura de Ganivet, es de un orgullo deprimente, de una enfermiza egolatría disimulada, de una grandeza desoladora cuando silba,—como una llamarada sin calor:—

«Ser yo mi propio escultor
con el cincel del dolor:
solo, sin Dios, esto fué
lo que en mis sueños soñé»...

. . . . . .

¿No *unes* lo que voy diciendo? ¿No atas cabos? ¿Te parece mi prosa *asaz* deshilvanada y confusa? Naturalmente: es prosa anárquica.

¿Que á todo esto no he completado la definición? ¡Bah!, ¿qué importan definiciones?

Lo que pretendo con mi individualismo anarquista es acercarme á la plenitud del ser, y quisiera que á esa plenitud se acercasen todos: aspiro á la armonía de las necesidades de todos los seres, á la libertad absoluta de cada uno, dentro de la absoluta solidaridad humana.

Sin duda murmurarás socarronamente:—¡Largo me lo fiáis!

«Mas, ¿cuándo no tardó bien que se aguarda?»

De seguro estarás pasmado de ver que te dedico tan extensa carta: no es para ti; no la entiendes; estoy escribiéndola para mí mismo.

. . . . . .

Y colorín colorao. Creo haberte hinchado las medidas. Que te alivies, abate Pirracas.

***

. . . . . .

Leía *La vida humilde*, un tomo de versos de Blanco Belmonte, lleno de amor, caldeado

por noble fuego de simpatía, de piedad para los que sufren, para los pobres de bienes y más pobres de ventura. Leía *La vida humilde*, y la noche avanzaba, y yo iba glosando las ternuras del poeta con mis propias ternuras; cuando por el entreabierto ventanal de mi estudio se coló de rondón, brutalmente, una bocanada soez de blasfemias que parecían flotar en vaho y fermento de pulque. Me asomé: en aquel instante doblaba la esquina una turba desharrapada y pestilente, ebria y ronca. Era el pueblo soberano que celebraba cualquier fecha gloriosa. El innoble alud pasó dejando como un reguero de obscenidades. Quedé aterrado.

Por uno de esos extraños fenómenos de ideación, de súbito recordé estas palabras de un escritor generoso: «El odio es estéril, solamente el amor es fecundo..... y el polvo de oro que al vibrar desprenden sus alas, es el polen universal que trasmite la vida en el tiempo y en el espacio infinitos».

Los rezagados de la horda iban comentando con salvajes risotadas sus fazañosos fechos: habían apedreado tiendas, roto cristales, insultado á pacíficos transeuntes; y un racimo de valientes acababa de apuñalear, en plena Avenida Juárez, el esquelético jaco de un coche de sitio... ¡ja, ja, ja!... ¡Viva Chi...huahua!.

Sentí una opresión penosísima. Tuve ganas de llorar; lloré por dentro.

¡Qué dolor y qué asco me causaron aquellas repugnantes caricaturas de tiranuelos empequeñecidos, aquella plebe trágica, aquella inmunda gusanera de criminales, aquel turbio y fangoso torrente de pasiones que inundaba la ciudad como si hubiesen reventado cien cloacas!...

Miré afligido la mesa en que se apilan estudios de Bakounine, Malato, Faure, Kropotkine, Réclus, Malatesta, Lluria..... y luego volví los ojos, como á un islote de salvación, al estante en que tengo olvidados libros religiosos—¡mi Kempis!—y obras de derecho, y sentí desfallecida mi fe en el hombre, y entibiados los fervorosos anhelos de verle redimido, y suspiré por la agonía de dogmas y leyes que han mantenido aherrojada y opresa la estúpida humanidad...

. . . . . .

***

¿También tú te apellidas anarquista? ¡Qué desencanto! Yo te creí sencillamente un bribón con inclinaciones rufianescas.

. . . . . .

Y dime, ¿por qué eres tan desaliñado en el vestir, tan repugnante y mal oliente?..... ¿Que eso es muy *democrático*? No, ciudadano: eso es muy sucio, y nada más. ¿Desde cuándo habrán reñido las ideas *avanzadas* y el aseo, la anarquía y el jabón?

La igualdad,—la igualdad relativa, muy relativa,—no debemos buscarla descendiendo al nivel del lodo, sino ayudando á salir de él á quienes hubieren caído, levantándolos hasta nosotros, previa una tonificante ducha y el paso por la estufilla de desinfección.

Anhelaba Enrique IV que sus vasallos, sin distinciones, pudieran poner diariamente «la poule au pot». Yo soy mucho más ambicioso: creo que sólo estaremos en camino de salvarnos, cuando toda la humanidad se bañe todos los días.

***

¡Oh, tú, venusto y verecundo efebo
que al léxicon tremando te apropincuas
y con pinzas asépticas escoges
tus vocablos pulquérrimos!:
permíteme, ¡caray!, que no te siga,
y déjame escribir como yo quiera.

Me va pareciendo mucho cuento la cantinela de que mi estilo peca de arrufaldado y cinedológico.

Días atrás un pensador, que sin que le conozca personalmente me inspira la más honda simpatía, decíame en una de sus cartas: «¿Por qué no escribe usted para el público?» Y hube de responderle: Porque «mi médico, mis amigos—y los que me quieren bien»—opinan que no pueden decirse las *cosas* que yo digo, y sobre todo, como yo las digo.

A su entender (al de quienes *me quieren*), el secreto del escritor consiste en emplear constantemente el eufemismo para ocultar... la tontería.

«En mar de frases, soledad de ideas».

¡Qué daño les produce el empleo de las palabras adecuadas! De alguno de éstos escribió sin duda *«l'altíssimo poeta»:*

«Conozco un oculista
tan circunspecto,
que hasta á las almorranas
les llama orzuelos».

Hay Ermeguncios que darían un párpado y el epitelio del otro por ver que su cocinera gongorizase; y no me toleran mi modesto humorismo

sin trascendencia, mi suave *persiflage,* que dirían los *golfos* del Quai d'Orsay, ó sencillo *pitorreo,* como traducirían los *diplomáticos,* de la Ronda de Embajadores.

Y es lo grande que otros me tildan precisamente de meterme en honduras, de usar terminachos pedantescos... No sabe uno á qué carta quedarse.

Así, pues, Fulanita, Menganita, Zutano, Perencejo, etc., etc.: por si con este *Pisto Epistolar,* no estuviereis empachados, si aun os hallareis con estómago para leerme, recordaré, á modo de invitación, el principio de un romance de aquel excelso y admirable señor consorte de Cetina, y por juro propio de la Torre de Juan Abad:

«Anilla, dame atención,
que es dádiva que no empobra,
mientras que *culti picaña*
mi musa se desabrocha».

G. DE M.

Méjico, 1906.

Post scriptum:

Desde los dulcamaras como el Dr. Munyon hasta el último vate rústico, cuantos publican

ahora un folleto cualquiera engalánanlo con su efigie, para solaz y deleite de lectoras impresionables. Yo no he de hacer menos: aquí va mi retrato.

Ateo (¿?), anarquista (¡!) y partidario del amor libre y del hablar sin trabas, quien no me conozca me supondrá macilento, con la hirsuta cabellera en desorden, las barbazas vírgenes de peine y tijera, el mirar receloso y feroz; y se equivocará. Soy calvo, cariharto, barbirrucio, llevo los mostachos fotuamente á la *kaiser, uso* la mirada impertinentuela y dulzona de miope, tengo, en suma, un tipo de infame burgués, con bastantes más años de los que yo quisiera, aunque bastantes menos de los que represento, es decir, treinta y seis muy cumplidos y holgados...

Vale.